

trarias á tu salud. Reprímese, mortificase uno tanto por el mundo y por su propio gusto; ¡y nada se ha de hacer, nada se ha de padecer por su eterna salvacion!

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN JOSÉ, esposo de la Santísima Virgen Maria, en Judea. (*Véase su historia en este día.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES QUINTO, QUINTILA, QUARTILA Y MARCO CON OTROS NUEVE, en Sorrento.

SAN PANCARIO, romano, en Nicomedia, el cual habiendo sido degollado en tiempo de Diocleciano, consiguió la corona del martirio.

LOS SANTOS OBISPOS APOLONIO Y LEONCIO, en el mismo día.

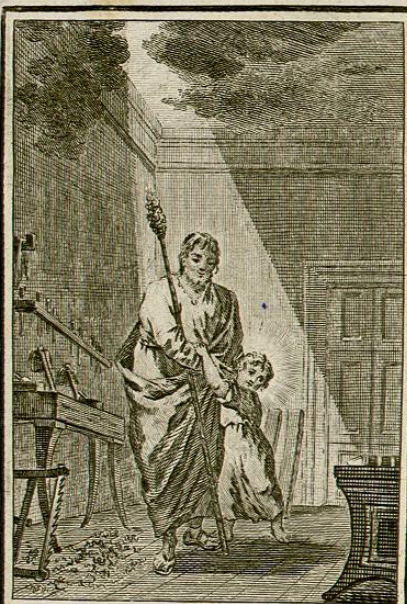
LOS SANTOS LANDOALDO, presbítero romano, y AMANCIO, diácono, en Gante, los cuales fueron enviados á predicar el Evangelio por el papa S. Martino; despues de muertos obraron muchos milagros.

EL TRÁNSITO DE SAN JUAN, en la ciudad de Pina, varon de gran santidad, el cual vino de Siria á Italia, y edificó allí un monasterio de muchos siervos de Dios, de los cuales fué prelado por espacio de cuarenta y cuatro años, y al cabo esclarecido en virtudes murió en paz.

SAN JOSÉ, ESPOSO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

SAN José, esposo de la santísima Virgen (*Gers. serm. de Nativit. Virg.*), y en cierto sentido propio y verdadero padre del Salvador del mundo, nació en la Judea hácia los cuarenta ó cincuenta años antes del nacimiento de Cristo. No se sabe con certeza el lugar de su nacimiento; pero es probable que fué Nazareth, poblacion corta de la Galilea inferior, donde tenia el Santo su habitacion. Era de la tribu de Judá, y de la casa real de David, que reinó hasta la cautividad de Babilonia. Y aunque estaba del todo oscurecido el esplendor de esta regia casa, se conservaba su nobleza en los descendientes de ella, todos de sangre real; bien que sin rentas y sin empleos que la hiciesen brillar en el mundo: nobleza en fin deslucida, que estaba como sepultada en la pobreza y en el estado humilde de los que la poseian.

Los dos evangelistas que escribieron la genealogía de S. José, ambos prueban concluyentemente su descendencia del real tronco de David, aunque por diferentes ramos; tan necesaria era esta circunstancia para que en la persona del Salvador se reconociese indubitablemente al verdadero Mesías prometido. S. Mateo



S. JOSEF.

prueba su descendencia de David por Salomon, y por los demás reyes de Judá; S. Lucas la deriva por Natan, hijo de David; aquél le hace hijo de Jacob, éste de Heli. Y la opinion mas antigua y la mas comun entre los santos Padres es la de Julio africano, autor que vivió hácia el fin del segundo siglo. Este asegura haber sabido por tradicion, oida de boca de los mismos parientes del Salvador, que Jacob y Heli fueron hermanos uterinos; y que habiendo muerto Heli sin tener hijos, Jacob, segun lo prescribia la ley, se casó con la viuda de su hermano para suscitar en ella su sucesion, y que de este matrimonio nació san José.

Predicando el famoso Gerson de la natividad de nuestra Señora á presencia de los Padres del concilio de Constancia, dijo se podia creer piadosamente que S. José habia sido santificado en el vientre de su madre: *Pia credulitate credi potest*. Habiéndole destinado la divina Providencia para ser esposo de María, tutor y padre nutricao del Salvador, quiso que fuese de sangre real, pero pobre. Porque habiendo de nacer el Señor en la humildad de un establo, y pasar toda la vida con necesidad y pobreza; ¿como habia de escoger por padre á un hombre rico, que viviese con esplendidez y con abundancia?

Descubriéronse pocas ó ningunas señas de niñez en sus primeros años; porque prevenido desde la cuna con dulces bendiciones del cielo mas que ningun otro santo, crecia en prudencia mas que adelantaba en edad. Como el Señor le habia hecho únicamente para sí, reinó perpetuamente él solo en su casto corazon. Nunca padeció quiebra ni alteracion su pureza, siendo la principal ocupacion de su juventud así la exacta observancia de la ley, como el ejercicio de todas las religiosas virtudes.

Era de profesion carpintero; pero aunque en el oficio fuese deslucido y humilde, jamás hubo en el mundo hombre ni mas noble, ni mas brillante á los ojos de Dios, dice S. Epifanio (*Hær. 78.*): ninguno se acercó ni con mucho al mérito y á la eminente santidad de este gran Patriarca.

Dios proporciona sus gracias á los empleos, en sentir de Santo Tomás (*part. 3. q. 27. art. 4.*); y los dones sobrenaturales corresponden siempre á la escelencia y á la santidad del estado á que nos destina. Pues habiendo escogido el Señor á S. José para ser en la tierra, digámoslo así, el archivo de sus mayores secretos, agente y secretario del Altísimo en el misterio de la Encarnacion, esposo de María y protector de su virginidad, tutor y nutricao del mismo Jesucristo, y en este sentido padre suyo; comprehend, dice S. Bernardo, cuanto seria el resplandor de sus virtu-

des, cuanta la multitud de sus dones sobrenaturales con que el cielo le enriquecería, y cuan sublime su elevacion y escelencia.

Habia llegado S. José á aquel supremo grado de perfeccion, que declara el Evangelio en una sola palabra, llamándole varon justo: esto es, un hombre que posee todas las virtudes en grado eminente; quando queriendo el Verbo tomar carne en las entrañas de una virgen, escogió á María por madre, y á José por esposo suyo.

Como la santísima Virgen se habia consagrado á Dios en el templo casi desde la misma cuna, tocaba aun mas á los sacerdotes que á sus padres buscarla un esposo que fuese digno de tal esposa; escogieron á José, que sobre ser de la misma casa de María, estaba conceptuado por el hombre mas modesto, por el mas prudente, por el mas religioso de su tiempo.

Es constante que S. José, prevenido de una gracia especial, casi desconocida en aquellos tiempos, habia resuelto guardar perpetua virginidad; y es probable que no habiendo ley alguna que obligase á casarse las mujeres solteras, nunca hubiera consentido la santísima Virgen en el matrimonio con S. José, si con luz superior no se la hubiera manifestado su eminente santidad, y el deseo que tenia de conservarse perpetuamente virgen como ella. Y aun por eso no encuentra dificultad S. Agustin en comparar la virginidad de S. José con la de María (*Serm. 25 de Diversis.*): *Habet Joseph cum Maria conjugem communem virginitatem.* Y el cardenal S. Pedro Damiano está tan persuadido á que S. José fué siempre virgen, que quiere se cuente esta verdad en el número de aquellas de que no es licito dudar: *Ecclesie fides in eo est, ut non modo Deipara, sed etiam putativus pater atque nutritivus virgo habeatur.* (*Epist. 2. ad Nic. Pap.*) Y á la verdad, reflexioná Sto. Tomás, si el Salvador no quiso encomendar á su madre á un discípulo que no fuese virgen, ¿como es verisímil que permitiese se desposase con ella un hombre que no lo fuese? Los que creyeron que S. José habia sido dos veces casado, y que de su primera mujer habia tenido á Santiago, á Simón, y á los demás que en el Evangelio se llaman hermanos y hermanas del Salvador (*In cap. 1. Ep. ad Galat.*), no hicieron reflexion á que la madre de estos parientes de Cristo vivia todavía en tiempo de la pasion, y que esta se decia tambien hermana de la santísima Virgen, por la costumbre tan sabida de los Judios, entre los cuales se trataban de hermanos los parientes mas inmediatos.

Celebróse en Jerusalem el purísimo desposorio, en el cual, como se explica el célebre Gerson, no tanto fueron dos esposos quanto dos virginidades las que contrajeron matrimonio (*Opusc.*

de Conjug. Maria et Jos.): *Virginitas nupsit.* No hubo ni habrá en el mundo matrimonio mas feliz, porque ni le hubo ni le habrá mas santo; y si María recibió en José un custodio y un protector de su virginidad y de su honor, José recibió en María la dignidad mas augusta que puede imaginarse en la tierra siendo esposo suyo: *Virum Mariæ: hoc est prorsus ineffabile, et nihil præterea dici potest,* esclama S. Juan Damasceno.

Santo Tomás es de sentir (*Orat. de Nativit. Virg. 3 part. quæst. 28, art. 4*) que inmediatamente despues de los desposorios hicieron los dos santísimos esposos de comun consentimiento voto de perpetua castidad; pareciéndole que dos personas tan santas no podian dispensarse en un acto de religion tan perfecto. A pocos dias de desposados se apareció el ángel S. Gabriel á la Virgen María en su humilde pobre casa de Nazareth, y habiéndola saludado en términos de profunda veneracion á la dignidad de madre de Dios, á que sabia el celestial parainfo que dentro de un instante habia de ser elevada, la descubrió todo el misterio de la Encarnacion, intimándola que aquel Dios que queria hacerse hombre para redimir al género humano, la habia escogido para madre suya.

Vivia S. José con la Virgen mas como ángel que como hombre, y verisímilmente quiso el Señor que ignorase lo que pasaba, para que su misma duda fuese una sensible prueba de la concepcion del Salvador, y de la virginidad de la madre. Esta se guardaba bien de descubrir á su casto esposo el misterio que el Espiritu Santo queria estuviere reservado hasta su tiempo, quando el mismo José advirtió el preñado de la purísima esposa. El superior concepto que tenia de su elevada santidad no le permitia admitir ni aun la mas leve sospecha que manchase su reputacion, y antes se inclinó á creer que era sin duda aquella doncella de quien decia Isaias (*cap. 7.*) que habia de nacer el Salvador. Con efecto, lo creyó así, dice S. Bernardo; y movido de aquella especie de humildad y de respeto, que andando el tiempo obligó á decir á S. Pedro: *Señor, apartaos de mí, porque soy un gran pecador,* pensó José en dejar á su esposa María. (*Homil. 2. super Missus est.*) *Accipe et in hoc, non meam, sed Patrum sententiam,* añade el doctor melifluo; y esta no es sentencia particular mia, es la comun de los Padres.

No sabia el casto esposo á qué partido determinarse: apartarse de ella era desacreditarla; y quedarse en su compania era presumir mucho de sí, teniéndose por digno de merecerla. En esta perplejidad se le apareció un ángel en sueños, y le dijo: José, acuérdate que eres de la casa de David, y que de ella ha

de nacer el Mesías prometido. No temas, ni pienses en dejar la compañía de tu esposa: es cierto que está preñada; pero el hijo que tiene en sus entrañas fué concebido por obra del Espíritu Santo; porque es el Salvador del mundo, unigénito del Eterno Padre, y el prometido Mesías. Dios te ha escogido para ser su tutor y su nutricio, y en este sentido padre suyo. No receles, pues, el quedarte con María; porque sobre estar destinado para guarda fiel de su virginidad y de su honor, si se quedara sin esposo, no podría ser madre sin detrimento de su reputación. Pondrás el nombre de Jesús al infante que naciere, para dar á entender á los mortales que este es el que viene á redimirlos y á salvarlos, ofreciéndose en sacrificio por los pecados de los hombres.

Instruido ya José del mayor de todos los misterios, comenzó desde aquel punto á mirar á la Virgen como á madre del Redentor, creciendo en él la respetuosa veneración con la ternura. San Buenaventura es de sentir que la acompañó en la jornada que hizo para visitar á su prima Sta. Isabel; y á la verdad, no parece verisímil que hubiese dejado ir sola á la santísima Virgen en un viaje tan dilatado y tan penoso.

Cerca de seis meses despues se vió precisado S. José á pasar á Belen con la santísima Virgen en virtud del decreto que publicó el emperador César Augusto, mandando registrar los nombres de todos los vasallos de su imperio, para registrar el suyo en aquella ciudad, donde estaba el solar de la casa de David; cuyo descendiente era. Así sonaba en el designio de los hombres; pero en el intento del cielo iba á aquel lugar, para que María diese á luz en él al Verbo encarnado, y al Mesías prometido, como lo tenían vaticinado los profetas. Padeció José en Belen todo el dolor y toda la amargura que podia padecer un corazón tan grande y tan tierno como el suyo; porque despues de reconvenidas todas las posadas, y desechado con desprecio de ellas, no tuvo otro albergue donde recogerse con su adorada esposa, y con la divina prenda que ésta traía en sus entrañas, que las ruinas de una humilde casa, destinada únicamente para establo de bestias. Adoró los secretos de la divina Providencia, y se rindió con profundo silencio á sus soberanas disposiciones.

En este indecente lugar vió nacer en la mitad de la noche al Salvador del linaje humano. ¡Pero cuales fueron los extraordinarios favores, cuales las interiores dulzuras con que el divino Infante colmó el alma de S. José, á quien miraba y amaba como á padre! No fué menos sensible el gozo de nuestro Santo cuando vió llegar aquella dichosa tropa de pastores, que enviaba el cielo á adorar al Salvador. Ni sirvió de menor motivo á su gozosa da-

miración la venida de los Magos pocos dias despues; viendo que se movian del Oriente tres monarcas para tributar rendimientos al que, desconocido en su misma patria, y desechado de los suyos, se habia visto reducido á nacer en un establo.

Cuarenta dias despues del nacimiento del niño Jesús tuvo san José la dicha y el consuelo de conducirle al templo de Jerusalem, siendo testigo ocular de las maravillas que pasaron en él. Pero apenas dió la vuelta á Belen, cuando un ángel le advirtió el impio intento que tenia Herodes de quitar la vida al divino Infante, ordenándole que se retirase á Egipto con el Hijo y con la Madre. No difirió un punto el obedecer en virtud de aquella perfecta sumisión que profesaba á las disposiciones de la divina Providencia; y sin dar lugar á vanos discursos ni cavilaciones de la prudencia humana, partió al instante para Egipto, donde permaneció hasta que, muerto Herodes, volvió á aparecérselo el ángel del Señor, y le ordenó que con el Hijo y con la Madre se restituyese á Palestina.

El Evangelio da bastante fundamento para creer que S. José pensaba fijar su habitación en Jerusalem ó en Belen, como en lugares oportunos para la educación del Mesías; pero reparando que aquellas dos ciudades estaban sujetas á la dominación de Archélaos, hijo de Herodes, y temiendo que el nuevo rey heredase la desconfianza y la crueldad de su padre, se retiró, con aviso del cielo, á Nazareth, donde habia hecho menos ruido el nacimiento del Salvador, y donde no habia tanto que temer, por ser el mismo S. José mas conocido. En esta afortunada ciudad vivia aquella santa familia, la mas augusta y la mas respetable que hubo, ni ha de haber jamás en el mundo, en una condición verdaderamente oscura y desconocida; sustentando S. José y su Esposa al niño Jesús con el trabajo de sus manos, y obedeciendo el divino Niño á S. José como á padre suyo.

Siendo S. José religiosamente observante de la ley, inviolablemente iba todos los años á Jerusalem en compañía de la santísima Virgen para celebrar la fiesta de la Pascua; y habiendo llevado consigo al niño Jesús, cuando ya habia cumplido doce años, al volverse á Nazareth, le echaron menos. Es indecible la aflicción y la inquietud de la Virgen y de S. José los tres dias que le anduvieron buscando. Habiéndole hallado finalmente en el templo en medio de los doctores, no se pudieron contener sin quejarse amorosamente del dolor y de la pesadumbre que les habia causado con su ausencia: *Hijo mio, tu padre y yo te hemos andado buscando*, le dijo la santísima Virgen; pero con la respuesta del Salvador se les enjugaron las lágrimas, y comprendieron el misterio.

El Evangelio nada mas nos dice de S. José, sino que vuelto á Nazareth, el niño Jesus le obedecia. ¿Pero qué cosa mas grande, ni que fuese capaz de hacernos concebir mayor idea del extraordinario mérito y de la eminente santidad de S. José, nos pudieran decir, esclama el sabio Gerson (*Serm. de Nativ. Virg.*), que asegurarnos que el Hijo de Dios le obedeció, le amó, le estimó, y le honró como á Padre suyo? *Quæ subjectio, sicut inæstimabilem notat humilitatem in Jesu, ita dignitatem incomparabilem signat in Joseph et Maria.*

Vivió despues algunos años S. José retirado y desconocido en compañía de la Virgen y del Salvador. Ninguna familia poseyó mas ricos tesoros. ¿Cuál otra cosa se puede imaginar mas santa, mas perfecta, ni mas digna de nuestro culto? No se sabe de fijo el año en que murió este santo Patriarca; pero se cree con bastante probabilidad, que ya habia muerto cuando el Salvador del mundo comenzó á predicar. Lo que parece seguro es, que si san José viviera cuando murió el Salvador, no hubiera éste encomendado su Madre al evangelista S. Juan poco antes de espirar.

Es fácil comprender cuan preciosa seria la muerte de este gran Santo, á quien el Hijo de Dios quiso escusar el dolor que le causaria la suya. ¿Qué muerte mas dulce, qué muerte mas preciosa en los ojos del Señor, qué muerte mas santa, que la de el que mereció tener á su cabecera al mismo Jesucristo! ¿Ser asistido por la santísima Virgen hasta que espiró dulcemente en manos del Hijo y de la Madre! ¿Qué multitud de espíritus celestiales no acompañarian aquella bendita alma hasta dejarla depositada en el seno de los padres!

Es cierto que cuando Cristo resucitó resucitaron tambien muchos Santos; y no es verisímil que habiendo hecho el Señor tantos milagros para descubrir y para esponer al culto de los fieles las reliquias de tantos otros, hubiese querido privar de esta honra á las de S. José, si su sagrado cuerpo hubiera quedado en la tierra.

Aunque la Iglesia profesó siempre singular veneracion á este gran Santo; con todo eso no fué tan público su culto en aquellos siglos llenos de tinieblas, y poco tranquilos, en que solo el nombre de padre de Jesucristo pudiera hacer en los gentiles alguna impresion menos ventajosa hácia el cristianismo, y servir de pretexto á los herejes que negaban su divinidad. Hasta que gozó de paz la Iglesia no comenzó á hacerse familiar á los fieles la devocion de S. José. Hállase su nombre á los 19 de marzo en los martirologios latinos escritos mas ha de ochocientos años, y aun es mas antigua su fiesta en la iglesia griega.

Los magníficos elogios que el sabio Gerson, cancelario de la

universidad de Paris, hizo de S. José en el concilio de Constancia, y lo que dice de la confianza que todos los fieles deben tener en la poderosa intercesion de este gran Santo, acreditan su devocion y su piedad. Escribió diferentes cartas para que se celebrase con mayor solemnidad la fiesta de S. José. La primera fué dirigida al duque de Berry en el año de 1413; la segunda al chantre de la iglesia de Chartres, y la tercera á todas las iglesias. Gregorio XV y Urbano VII la hicieron fiesta de precepto, prohibiendo en ella las obras serviles y las funciones públicas de los tribunales.

No hay religion alguna en la Iglesia de Dios que no profese particular devocion á S. José; no hay cristiano que no tenga en este gran Patriarca una tierna y amorosa confianza. Los muchos milagros que obra el Señor por su intercesion en toda la cristiandad, y los singulares favores que experimentan todos los que le invocan, muestran visiblemente que nada niega el Salvador al que siempre amó como á padre, y al que quiere que nosotros honremos como á tal.

Pero lo que mas ha contribuido en estos últimos tiempos á promover la devocion de S. José fué la singularísima que le profesó Sta. Teresa de Jesus, dejándosela como en herencia á sus hijos y á sus hijas, en quienes vive hoy con toda edificacion el espíritu y la piedad de su santa Madre. En el capítulo sexto de su vida dice lo siguiente:

«Tomé por abogado y señor al glorioso S. José, y encomendéme mucho á él; ví claro que así de esta necesidad, como de otras mayores de honra, y pérdida de alma, este padre y señor mio me sacó con mas bien que yo le sabia pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma: que á otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; este glorioso Santo tengo esperiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fué sujeto en la tierra, y como tenia el nombre de padre, siendo ayo, le podia mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, á quien yo decia se encomendasen á él, tambien por esperiencia, y hay muchas que le son devotas: de nuevo he experimentado esta verdad.

«Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podia... Querria yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso Santo por la gran esperiencia que tengo de los bienes que

alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota, y haga particulares servicios; que no la vea mas aprovechada en la virtud, porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan. Parece ha algunos años que cada año en su dia le pido una cosa, y siempre la veo cumplida; si va algo torcida la peticion, él la endereza para mas bien mio.... Solo pido por amor de Dios, que lo pruebe quien no lo creyere, y verá por esperiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso Patriarca, y tenerle devocion; con especialidad personas de oracion siempre le habian de ser aficionadas... Quien no hallare maestro que le enseñe oracion, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino.» Hasta aquí son palabras de Sta. Teresa.

En muchas iglesias se celebra con grande solemnidad el dia 22 de enero la fiesta de los desposorios de S. José con la Santísima Virgen; y ya en el siglo xiv se celebraba en la Iglesia esta festividad. Hay en varias partes fundadas muchas congregaciones y cofradias con el titulo de S. José para asistir á los agonizantes: ¿y qué santo mas poderoso para ayudarnos en aquel crítico momento? En la santa capilla de Chambery se muestra un báculo ricamente engastado, que se dice por piadosa tradicion haber sido de S. José, y en Perusa de Italia se venera el anillo de sus santos desposorios; acreditando al parecer la verdad de esta reliquia los favores que cada dia se reciben del cielo por la devocion á ella.

HIMNO.

Te, Joseph, celebrent agmina Cœlitum,	Celébrete, oh José, los Escuadrones
Te cuncti resonent Christiadam Chori,	Del celestial palacio cortesanos, Y en festivos acentos tus blasones
Qui clarus méritis, junctus es in- clytæ	Engrandezcan á coros los Cristianos:
Casto federe Virgini.	Pues ilustre en virtud logras dichoso
Almo cum tumidam germine conjugem	De la Virgen mas pura ser Esposo. Al ver la novedad de que tu Esposa
Admirans, dubio tangeris anxius, Afflatu superi Flamini Angelus	En tí albergaba al Hijo concebido, Quedó tu corazon en la penosa
Conceptum puerum docet.	Affliccion de los zelos sumergido; Mas un ángel te afirma que el preñado
	Es obra del Divino Amor sagrado

Tu natum Dominum stringis, ad exteras	Tú abrazas al Señor recién nacido;
Ægypti profugum tu sequeris pla- gas;	Tú mereces seguirle, y le acompañas,
Amisum Solymis quæris, et in- venis,	Cuando prófugo huyendo, conducido
Miscens gaudia fletibus.	Es á tierras de Egipto tan estrañas;
	Tú por Jerusalem con sentimiento Andas en busca de él; le hallas contento.
Post mortem reliquos mors pia consecrat,	Una muerte piadosa hace dichosos
Palmamque emeritis gloria susci- pit:	A los santos ya muertos y finados, Y logrando la palma, en los gloriosos
Tu vivens, superis par, frueris Deo,	Alcázares de Dios son colocados: Pero tú mas feliz, logras la suerte
Mira sorte beatior.	De ver á Dios aun antes de la muerte.
	O suma Trinidad en una Esencia,
Nobis, summa Trias, parce pre- cantibus,	Perdona á los que humildes te rogamos:
Da Joseph méritis sidera scandere: Ut tandem liceat nos tibi perpetim Gratum promere canticum. Amen.	Por José nos conceda tu clemencia Que subir á los cielos merezcamos: En donde por los siglos perdurables Te rindamos aplausos agradables. Amen.

La Misa del dia es en honra de este gran Santo, y la oracion la siguiente:

Suplicámoste, Señor, que nos ayudes por los merecimientos del Esposo de tu santísima Madre, para que consigamos por su intercesion lo que no podemos alcanzar por nosotros mismos. Que vives, etc.

La Epistola es del cap. 45 del Eclesiástico.

Fué amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendiccion. Dióle una gloria semejante á la de los santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y aman- só los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus órdenes delante de su pueblo; y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su man-

sedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Y le oyó y escuchó la voz de Dios, y le introdujo en la nube. Y le dió en público sus preceptos, y la ley de vida y de ciencia.

REFLEXIONES.

La honra que se rinde á los Santos es una especie de feudo que se tributa á la virtud. Bien puede el mundo perseguir á los buenos; pero no puede dejar de respetar la inocencia, la rectitud, la bondad, conservando con veneracion la memoria del justo: *Cujus memoria in benedictione est.*

Las mayores dignidades desaparecen; no se hace larga mansion en los empleos mas elevados; ni la florida edad es la mas dilatada estacion de las cinco en que se distribuye la mas prolongada vida. Acábase con ésta la nobleza, la elevacion, la preeminencia; el fausto cae, el tumulto pasa, el ruido cesa; y parece que toda la diversidad de condiciones se reduce á representar diversas escenas en el teatro del mundo. No hay bienes sólidos, sino los que trae consigo la virtud cristiana; no hay felicidad, no hay alegría, no hay gloria permanente sino la de los santos. ¿Por qué tanto fausto, tanto orgullo, tanto tren en los grandes del mundo? Porque todas sus grandezas son vacías, y para que brillen es menester mendigar postizos esplendores. La majestad de la virtud brilla por sí misma; la santidad no ha menester adornos forasteros; por eso son tan comunes en los santos la dulzura, la mansedumbre, la afabilidad, la humildad, y hasta la misma simplicidad. Su memoria está llena de bendicion, aunque su vida se vea ordinariamente acompañada de contradicciones, de persecuciones, y de reveses. No les perdona la calumnia, ni el mundo les puede sufrir, porque su rectitud, su prudencia, su ejemplar piedad, es una muda condenacion de la licencia y del desorden de los mundanos: *Gravis est nobis etiam ad videndum, quoniam dissimilis est aliis vita illius.* (Sap. 2.) No siempre se explica así; pero nunca discurre de otra manera. Los disolutos miran á los virtuosos como censores importunos; este es el origen de aquel desabrimiento, de aquel enfado, de aquella hiel que sienten contra los que profesan una vida arreglada, pura, santa, ejemplar; de los cuales no es digno el mundo, y que son tan desemejantes á ellos; pero despues de su muerte, cuando ya no los tienen presente, entra la memoria de su virtud á exigir el tributo que se les debe, y entonces se les paga. Bien puede la virtud ser maltratada por algun tiempo; pero nunca pierde sus derechos.

El Evangelio es del capítulo 1 de S. Mateo.

Estando desposada la madre de Jesus Maria con José, se halló preñada del Espiritu Santo antes de haber estado juntos. José su marido siendo justo, y no queriendo delatarla, quiso dejarla secretamente. Pero mientras pensaba esto, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños, diciendole: José, hijo de David, no temas tomar á Maria por tu consorte, porque lo que ha concebido es del Espiritu Santo. Parirá un hijo, y le pondrás por nombre Jesus: porque él será el que salvará á su pueblo de sus pecados.

MEDITACION.

De la verdadera devocion.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hay cosa mas amable, ni mas digna de un corazon cristiano y aun racional, que la piedad verdadera. Sola ella puede serenarle; ella es la que hace al cielo sereno y al mar tranquilo, porque sus primeros golpes son á rendir al amor propio, y á sujetar las pasiones. El amor de Dios es su alma, y la perfeccion es su fruto.

La virtud comunica un resplandor que oscurece la falsa brillantez de este mundo. Ella sola basta para hacer frente á las desgracias. Es aquella piedra preciosa, que hace rico á quien tiene la dicha de encontrarla; es tesoro, pero tesoro escondido. ¡O mi Dios, y qué poco se conoce el precio de la verdadera virtud! ¡qué pocos retratos se hacen que se la parezcan!

La verdadera devocion no es ceñuda, enfadosa, agreste, ni inurbana; su aire no es austero, ni desabrido; no consiste en excesos de un zelo arrebatado; aborrece el fausto y la ostentacion; no gasta escrúpulos, gestos, ni figurerias; ignora esos modales artificiosos, afectados, y enteramente mundanos. Su carácter es el de una noble simplicidad, siempre igual, y nunca contraria á sí misma. Esta es la verdadera devocion. ¿Es esta la mia?

Enemiga de todo disfraz, gana el entendimiento por su rectitud, y conquista el corazon por su dulzura majestuosa, patente á todos en su modestia y en su ingenuidad. Es mas respetable cuanto es mas humilde; y su mérito no depende ni del capricho, ni de las fantasías de los hombres; nada mas independiente del humor que la verdadera virtud.

Léjos de seguir aquellas sendas extraordinarias, que muchas